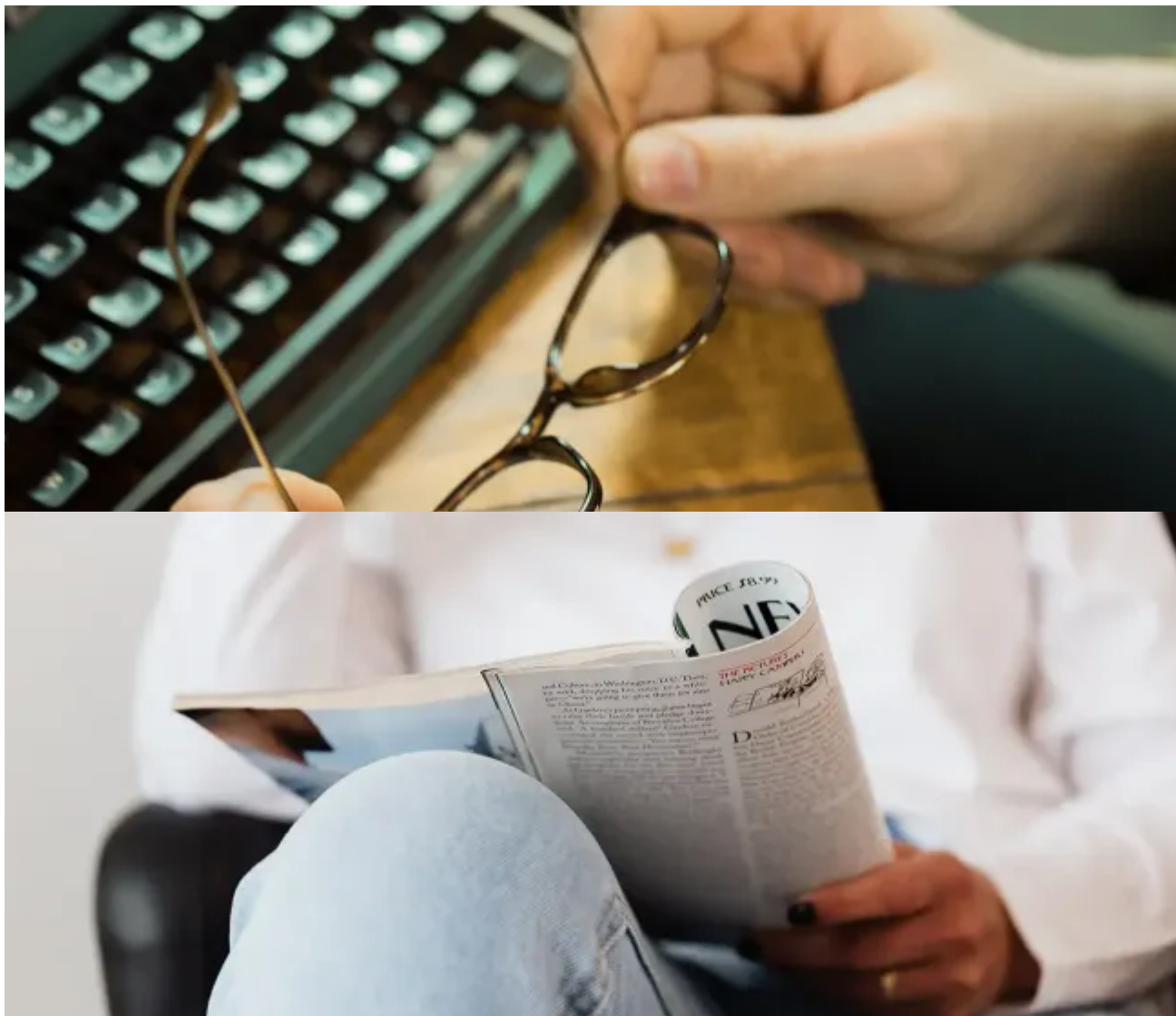


La próxima década sin paz



Tiempo de lectura: 8 min.

[Sigmar Gabriel](#)

Sáb, 09/04/2022 - 07:47

El mundo se encuentra probablemente al comienzo de una década de inquietud por la paz. Aunque no estamos entrando necesariamente en un periodo de guerra perpetua, debemos estar preparados para más -y más intensos- conflictos comerciales, sanciones económicas y financieras, ciberataques, campañas de desinformación y el uso de la fuerza militar como instrumento de geopolítica. La guerra de Rusia contra Ucrania no es el comienzo de una nueva era, sino la

consecuencia de una era que está terminando.

Más allá de su evidente deseo de reconstruir el Imperio Ruso, está claro que el presidente Vladimir Putin no quiere dejar la reorganización del mundo sólo en manos de Estados Unidos y China. Quiere que Rusia (o al menos él mismo) vuelva a ser una gran potencia, con una verdadera influencia en la determinación de los asuntos europeos y euroasiáticos.

Durante más de 30 años, Rusia no ha desempeñado ningún papel significativo en Europa, salvo el de aguafiestas amargados. Cuando se anexionó ilegalmente Crimea en 2014, el país se había hundido en la estimación de muchos europeos a la condición de proveedor de energía cuyas amenazas contra algunos de sus vecinos inmediatos reflejaban debilidad, no fuerza. Y sin embargo, Putin necesita poder influir en el futuro de Europa si quiere tener alguna posibilidad de reconstituir a Rusia como una gran potencia mundial. Eso significa que en su guerra está en juego algo más que la soberanía ucraniana; de hecho, Ucrania es sólo un medio para los fines revanchistas de Putin.

En su búsqueda de influencia geopolítica en el siglo XXI, Putin sigue pensando en categorías del siglo XIX y lucha con medios del siglo XX. Pero la visión de Putin del mundo como un campo de batalla es poco relevante para la confrontación más amplia entre Rusia y la alianza liderada por Estados Unidos. Ese enfrentamiento es entre dos visiones del orden mundial. Por un lado, un sistema basado en normas en el que los Estados se comprometen mutuamente a la inviolabilidad de la integridad territorial y la soberanía; por otro lado, el principio bruto de que la fuerza hace el bien.

Con su ataque a Ucrania, Putin ha roto flagrantemente el principio más básico del orden basado en normas. Si se sale con la suya, habrá establecido un peligroso precedente para el resto del mundo.

EL MAYOR PERDEDOR

A pesar de toda la incertidumbre que ha creado Putin con su desprecio por el derecho internacional, una cosa ya está clara: el gran perdedor es el propio Putin. Con una sola decisión, transformó a Rusia en un paria internacional, destrozando cualquier esperanza que los rusos pudieran tener para el futuro. La mayoría de los Estados miembros de las Naciones Unidas condenaron el ataque de Rusia, y los que se abstuvieron no lo hicieron por lealtad a Putin, sino porque desean permanecer

neutrales.

Del mismo modo, en lugar de sembrar divisiones dentro de la OTAN y la Unión Europea, la guerra de Putin unió inmediatamente a ambas en una solidaridad completa y dinámica. La OTAN está aumentando su presencia de tropas en la vecindad inmediata de Rusia, y muchos de sus miembros -sobre todo Alemania- están aumentando sus presupuestos de defensa de forma sustancial. Incluso las neutrales Suecia y Finlandia están considerando ahora unirse a la Alianza.

Además, pocos días después de la invasión, Rusia había sido sometida a algunas de las sanciones económicas y financieras más duras y exhaustivas jamás impuestas a ningún país. Abandonando su postura "favorable a Rusia", Alemania ha asumido un papel destacado en la configuración del nuevo régimen de sanciones. La UE -y sobre todo Alemania- se independizará gradualmente del petróleo y el gas rusos. La señal más clara de este cambio histórico es la decisión de suspender el gasoducto Nord Stream 2, que habría llevado los suministros rusos directamente a Alemania, evitando -y por tanto aislando aún más- a Ucrania y Polonia.

Incluso en términos militares, la invasión ha sido una debacle para Rusia. Las tropas rusas no están siendo recibidas como liberadoras, como prometió Putin (y quizá incluso creyó), ni siquiera por los rusoparlantes de Ucrania, que están resistiendo valientemente a los invasores en las sitiadas Kharkiv, Mariupol, Mykolaiv y otros lugares. En lugar de la rápida victoria que Putin había supuesto, las tropas rusas no han logrado avanzar en muchos frentes. Los errores elementales de logística y la baja moral no han ayudado, pero el factor principal ha sido la astucia de las fuerzas armadas ucranianas para anular parte de la ventaja militar rusa utilizando su conocimiento local del terreno y sus ágiles tácticas de guerrilla.

Lo más importante es que los ucranianos saben por qué luchan. En cambio, Putin parece haber engañado a la mayoría de sus propios militares sobre la naturaleza y los objetivos de su "operación militar especial". Los soldados rusos no pensaban realmente que iban a ir a la guerra contra su vecino cercano; ahora que están allí, no tienen ni idea de por qué están luchando. No hay ningún objetivo discernible más allá de la destrucción gratuita de Ucrania.

Lamentablemente, no se vislumbra un final rápido del conflicto. Incluso si la superioridad militar de Rusia en términos de tamaño de la fuerza y el equipo significa que Rusia termina abrumando las defensas de Ucrania y obliga al gobierno

a rendirse, no puede factiblemente ocupar el país. Geográficamente, Ucrania es el segundo país más grande de Europa. Tiene 44 millones de habitantes, la mayoría de los cuales han desarrollado un fuerte sentimiento antirruso tras diez años de esfuerzos del Kremlin por subyugarlos.

Una presencia militar rusa sostenida sería respondida con una guerra de guerrillas sostenida. Y mientras tanto, las sanciones seguirían estrangulando la economía rusa. Especialmente ahora que se ha documentado ampliamente la comisión de crímenes de guerra por parte de las fuerzas rusas, la emancipación gradual de los europeos de su dependencia de la energía rusa no será fácil de revertir. Volver a las condiciones anteriores a la invasión es sencillamente imposible.

LA NUEVA GEOPOLÍTICA

Un error estratégico tan masivo como la decisión de Putin de invadir Ucrania es un acontecimiento raro en los asuntos mundiales. La cuestión ahora es si Putin, sintiéndose acorralado, agravará su error ampliándolo. Aunque la abrumadora superioridad militar de la OTAN hace que actualmente parezca improbable un ataque directo de Rusia contra cualquier miembro de la OTAN, el riesgo de una escalada a medida que el ejército ruso siga sufriendo grandes pérdidas es muy alto. Consideremos el reciente debate sobre el suministro de aviones de combate polacos a Ucrania. Si eso hubiera ocurrido, el Kremlin podría haber interpretado la transferencia de armamento ofensivo como un ataque a Rusia. Los líderes de la OTAN han hecho sabiamente lo que han podido para evitar tales escenarios.

Aun así, los lentos avances de Rusia contra las defensas ucranianas han aumentado la probabilidad de que el conflicto se agrave. Los agresores rusos intensificarán sus ataques aéreos y sus bombardeos indiscriminados, infligiendo graves daños a las ciudades ucranianas, aumentando el número de víctimas civiles e inundando la UE con millones de refugiados. En respuesta a las crecientes atrocidades, Europa se sentirá más presionada para poner fin a todas las importaciones de petróleo y gas ruso, aunque el coste económico de esto será inmenso.

El otro elefante en la habitación es China. Aunque el presidente chino, Xi Jinping, ha descrito ahora la situación en Ucrania como una "guerra" -un rechazo frontal al eufemismo oficial del Kremlin-, el mundo debe seguir asumiendo, por el momento, que China no tomará ninguna medida concreta para ejercer presión sobre Rusia o para garantizar un alto el fuego.

Los llamamientos a la paz procedentes de China siguen siendo meramente retóricos. Ahora que los dirigentes chinos ven todos los acontecimientos mundiales a través de la lente de la competencia con Estados Unidos, las consideraciones estratégicas se imponen a todas las demás, incluso al compromiso declarado de China con la soberanía nacional, la integridad territorial y la no injerencia en los asuntos internos de otros países. Aunque Rusia no es ni históricamente ni en la actualidad un verdadero aliado de China, ambos regímenes se han unido por su oposición al Occidente geopolítico. La cuestión para China, por tanto, es si seguir consintiendo este antagonismo compartido merece el precio económico y diplomático.

Pero, teniendo en cuenta estos riesgos a largo plazo para su propio bienestar y posición global, la actitud de China hacia la guerra en Ucrania podría cambiar. Al fin y al cabo, una interrupción duradera del comercio mundial y unos precios del petróleo superiores a 200 dólares por barril supondrían un gran problema para un régimen cuyo poder se basa en gran medida en su capacidad para ofrecer un crecimiento constante del PIB a sus ciudadanos, especialmente a los cientos de millones que siguen sumidos en la pobreza.

Los líderes políticos europeos y estadounidenses deberían entablar un diálogo más estrecho con China sobre estas cuestiones. Además, deberían dejar de rehuir el reconocimiento de la realidad económica: a saber, que no habrá desvinculación de China. Más bien, la relación de Occidente con China se caracterizará por los inevitables enfrentamientos en torno a los derechos humanos y Taiwán; la competencia en el ámbito de los negocios y la tecnología; y la cooperación en torno a los grandes retos mundiales, como el cambio climático y la garantía de la paz.

Por supuesto, si China interviniera y mediara en las negociaciones que conducen a un alto el fuego entre Rusia y Ucrania, podría presumir de uno de sus mayores éxitos políticos desde la fundación de la República Popular. Pero es poco probable que China asuma el papel de mediador activo a menos que el éxito parezca seguro. Por lo tanto, debemos esperar que el país se mantenga al margen, al menos por ahora.

FUERZA EN LA ADVERSIDAD

Por último, unas palabras sobre Europa: 80 años después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, la historia ha vuelto al continente con fuerza. A pesar de la conmoción inicial que supuso la invasión rusa, Europa se ha mostrado decidida y

capaz ante la guerra. Ahora parece claro que la UE saldrá mucho más fortalecida de esta crisis. A pesar de todas las tensiones en el seno de la Unión, la guerra en Ucrania y el desafío más amplio de Putin al orden basado en normas han acercado a los europeos. Incluso las relaciones con Gran Bretaña están mejorando de nuevo.

Al igual que en la lucha contra la pandemia, la UE va a adoptar una segunda iniciativa financiada conjuntamente para ayudar a las economías más débiles de los Estados miembros a capear el temporal. Los gobiernos de la UE también se están uniendo en la cuestión crítica de una política de defensa común. Incluso parece improbable que la repentina y fuerte afluencia de refugiados divida a los europeos como lo hizo en 2015.

Todo esto demuestra que las democracias no están indefensas ante los desafíos autocráticos. Si confían en su propia fuerza y abrazan su diversidad, estarán bien posicionadas no solo para sobrevivir a la próxima década sin paz, sino para salir fortalecidas. Las democracias occidentales ya han tenido éxito en estas luchas. Pueden, y deben, volver a hacerlo.

Traducido mediante Deep-L

1 de abril 2022

Project Syndicate

<https://www.project-syndicate.org/onpoint/europe-preparing-for-new-era-o...>

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)